

PEGASO

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES:

PABLO DE GRECIA — JOSÉ MARÍA DELGADO



OCTUBRE DE 1921

SUMARIO:

Francisco Alberto Schinca	El Uruguay y la cultura italiana
Pablo de Grecia	Ginette
Luisa Luisi	Las nuevas literaturas
Hugo Mayo	Versos
Enrique M. Amorín	El acecho
José María Delgado	Cuadros del conventillo
Alberto Brignole	Educación sexual
Carlos Herrera Mac Lean	Crónicas de arte: El concurso del monumento al gaucho
José María Delgado. — Emilio Samiel. — Alberto Brignole	Glosas del mes
	Notas bibliográficas

Montevideo.
URUGUAY

AÑO VI.
N.º 40

CRÓNICAS DE ARTE

El concurso para el monumento al gaucho

Ha renovado este concurso el viejo pleito sobre el carácter local que suscitó el discutido monumento a Artigas. Y se renovará siempre este pleito cuando se trate de inmortalizar un héroe o una hazaña genuinamente nuestra. Y es que la escultura, estática y solemne, fija definitivamente en el espacio y en el tiempo una imagen que cada cual siente distinta. El gaucho, héroe nativo, que ha vivido con nuestra infancia en el hogar, en la escuela, al salir de la historia, y en nuestra vida de hombres al comprender y amar el pasado, adquiere un contorno distinto en cada mentalidad. Y es así, que ante las numerosas *maquettes*, aquel que miraba no juzgaba por lo que tenía ante sí, aislado, como un valor estético, sino que analizaba en comparación con el tipo que abrigaba su cerebro, con el gaucho que él hubiera hecho si hubiera sido escultor. Es por eso que este concurso despertó tanto interés y despertó tantas críticas y críticos dormidos. Pero antes de entrar en juicio, permítasenos una ligera digresión, permítasenos que alabemos este entusiasmo que pone el pueblo en lo que se crea en su época, avalorando y discutiendo lo que llevará al futuro una palpitación de cada una de las vidas que pasan a su lado. Pero permítasenos que lamentemos



*Monumento al gaucho. Primer premio: Obra de
José Luis Zorrilla de San Martín*

que ahorre su entusiasmo sólo para la escultura monumental, olvidando que hay otro arte amplio y generoso, que también necesita y exige su entusiasmo y su crítica; un arte que se extiende por doquiera, que le cierra todas las perspectivas en la ciudad, que lo guía y lo orienta, que lo cuida y lo abriga y que lo ha de guardar definitivamente: la arquitectura. El día que nuestro pueblo ponga tanto entusiasmo y fe al mirar los nuevos muros que se levantan, ese día tendremos arquitectura expresiva, humana, arquitectura nuestra, y no el triste montón de paredes grises que forman nuestra ciudad.

Decíamos que cada persona tenía un concepto anticipado del gaucho. Por eso el jurado, con sabia orientación, les ofreció a los artistas, para vigorizar o rectificar ese concepto, o quizás para exaltarlo, las páginas más hermosas extraídas de la epopeya de Artigas. Hoy libro matriz de dos monumentos, contiene el germen de todos los monumentos futuros de nuestra hazaña guerrera. Monumento él mismo de palabras vibrantes, de ritmos sonoros, de sugerencias armoniosas, de alegorías nativas, de naturaleza, de historia y de patria, inspirará el ciclo de nuestra vida pasada, que se ha de immortalizar en la piedra o en el muro. Y así se transmutará siempre la exaltación lírica que anima este conjunto impalpable de palabras, a la dura y concisa gravedad del bronce, entrando a su amalgama como una nueva substancia que le dará dureza de inmortalidad. Por las páginas de la epopeya de Artigas pasa siempre el gaucho. El maestro lo evoca así: “¡*El gaucho!* Os debo hacer sentir con grande intensidad esa figura porque es nuestro tipo homérico; es el mismo que vemos en la *Iliada*, junto a las *huecas naves* de los aqueos, o al pie de las murallas de la sagrada Ilión, conducido por Aquiles, el de los ligeros pies, o por Héctor, el domador de caballos”. Por la potencia sugeridora de la gran literatura,

vestido en tela de leyenda, azul y dorada, revive el gaucho toda su agitada vida campesina. Corre por las lomas, se hunde en los pasos de los ríos, se pega al caballo y forma el centauro americano; ataca frente a frente, hiere, mata, huye con valentía, se esconde en la maraña del bosque, como un gato montés, sigue en el éxodo, servicial y humanitario, hace silbar su lazo acrobático y describe círculos enormes con sus boleadoras; canta romántico en las noches lunares; vaga por los campos infinitos y corre en su caballo por la tierra de amplios horizontes, dueño y señor de las verdes riquezas que el sol dora con munificencia.

Más que una ciudad entera de estatuas, más que un monte de piedra con una escultura inmensa en la cima, había de hacer eterna y palpitante la figura del héroe, este poema palpitante y eterno. El bronce nos lo dará subrayado, quieto, rígido, para que lo grabemos como un signo en nuestra memoria. Pero la literatura, hecha de algo impalpable, palabras, palabras y palabras, lo hace diverso y animado; lo sugiere bajo todos los cielos de la tierra, brillantes o tormentosos, bajo todos los cielos del alma, de alegría o de miseria. Es la glorificación de las palabras evocadoras, que crea con sutil trama imaginativa un monumento distinto en cada cerebro; la estatua es la glorificación en la piedra o en el bronce que para todos los cerebros crea el mismo monumento preciso, dominador e inmóvil. Mas, si la literatura que no conoce sujeción de espacio ni de tiempo, lo evoca amplio y diverso, en perpetua acción, también lo evoca pálido y vago. Cada página lo hace vivir de una vida distinta, pero una vida sin contornos fijos, sin facciones, amorfa, sin osatura, hecha de nebulosa substancia psíquica. La estatua le da concreción definitiva. Lo detiene en un instante de la epopeya. Lo inmortaliza fijo y quieto en el momento álgido de su vida, cuando se inflama de mayor calor anímico. ¿Cuál es el momento esen-

cial, el momento en que ese héroe legendario vibra más intensamente en vida? Es en la acción guerrera. Es cuando defiende su solar, con su caballo y la lanza, del avance extranjero. "El gaucho fué soldado, brazo de la libertad, y, como tal, sobre todo, ha predominado hasta ahora en la imaginación popular, que se lo representa siempre con el carácter de centauro homérico", dice la nota a la Asamblea, que suscribe la Comisión del Monumento.

En esta actitud fué expresado el gaucho por los que obtuvieron el primero y el segundo premio — José Luis Zorrilla de San Martín, con su gaucho blanco, de sangre caucásica depurada y quemada por el sol patrio, y Barbieri, con su gaucho indio, de arisca y caliente sangre primitiva. Los dos nacieron directamente de las páginas de Zorrilla de San Martín, uno de aquello: "... en los campesinos altivos, de barbas y cabellos negros o rubios, de ojos horizontales, de tez curtida por el sol, pero irrigada por limpia sangre caucásica", el otro de esto: "... mezclados a otros tipos lampiños, color de cobre, de pómulos salientes y frentes estrechas, de ojos pequeños y casi oblicuos, de cabellos rígidos y negros, de mirar hosco, huraño..." Los dos encarnan dos temperamentos, dos psicologías distintas pero que labraron por igual la epopeya patria. Así el poeta vió las almas hermanadas en la hazaña, la misma llama de heroísmo inflamando los distintos corazones; no los apartó, los igualó en su evocación de la epopeya; no les dió rangos distintos, exaltando a la par el ardor guerrero del blanco y el ímpetu salvaje del mestizo. Porque los dos brazos siempre fueron juntos en la gesta homérica, el brazo arrogante y fiero en arresto hispánico y el brazo nudoso y flexible como una liana, en la actitud indómita. Un fermento rebelde existía en el aire que respiraban y en el alimento que les nutría, fermento nacido de la planta in-

dígena, fermento que agitaba todos los nervios, y que si hacía arisco y espinoso al árbol nativo, hacía chúcaro y cruel al hombre que se empapaba de su esencia; fermento que encendió todas las células, las que al disciplinarse y constituirse en modalidad definitiva, dieron el producto del hombre libre bajo el cielo libre de América. Pero el mismo fermento hirvió en vinos distintos en distintos recipientes; el vino agri-dulce de la viña indígena, en vaso de quemada alfarería; el vino generoso de la viña hispánica en vaso de blanca alfarería.

No era posible, sin crear un sér híbrido, de psicología deforme, reunir en una sola encarnación los dos temperamentos. Por eso José Luis Zorrilla expresó el gaucho blanco, y Barbieri el gaucho indígena. Nos detenemos en estas dos expresiones porque conceptuamos que son las que realizan acabadamente y en el máximo de intensidad la glorificación del gaucho. Son las que sintetizan las características tan diversas y a veces antagónicas que, por virtud del amor patrio, se confundieron y se unieron en la lucha. El gaucho de Zorrilla va lanza erecta, altivo y señor; el de Barbieri, huye o ataca ondulante y ágil como el puma. Uno se identifica a su lanza, afilada y rígida, siempre derecha; el otro, a su flecha, silbadora y cruel. Uno se yergue sobre el caballo arrogante y sereno; el otro se curva en un gesto de desesperación india. Uno es jinete, el otro es centauro. Aquél galopa, caballero andante de la gran causa; éste se curva, así un arco humano que se tendiera contra la fuerza invasora, arco el indio, arco el caballo. Y las bestias también se emparentan a los dueños. En uno, dócil y valiente, piensa como el amo; salvaje e indómita en el otro, se retuerce formando un solo movimiento con el hombre.

El jurado, que ya sentía preferencia por el tipo del gaucho blanco (así lo dice un párrafo de la nota



Detalle del boceto premiado. Original de José Luis Zorrilla de San Martín

mencionada: "... ha llegado a ser el gaucho uruguayo, el hombre que, producto de acciones y reacciones sociológicas, y mezcla de razas *en que ha predominado, por fin, la caucásica...*"), adjudicó el primer premio al boceto de José Luis Zorrilla. Y fué un fallo bien acertado. Porque, aparte del valor estético e histórico de los dos grupos considerados, el de Zorrilla es muy superior al de Barbieri en cuanto a monumento, por la nobleza de su proporción, por su equilibrio entre el grupo y el basamento, el único basamento de la exposición bien proporcionado a la estatua, bien plantado en tierra. Barbieri rompió la unidad de su grupo agreste y huraño con la intromisión de una apacible y lenta victoria que camina con paso matronal en ritmo desencontrado junto al caballo indómito. Su boceto tiene una base exigua, demasiado pulida y que contrasta con la audacia y el ímpetu del grupo ecuestre. Su gaucho es duro, filoso, hirsuto como una rama de espinillo, huele a naturaleza primitiva; la base es blanda, afeminada, sin aristas, con los ángulos redondeados, reclama un ambiente amable de salón. El basamento de Zorrilla es fuerte, se abre para adquirir su valor de por sí. Sólo encontramos exceso de aristas y de planos cortantes, que dividen el efecto de macizo y grande que está llamado a producir.

Se ha acusado de teatral el monumento de Zorrilla. Y lo que se acusa como un error es un mérito. Es teatral porque es grande, amplio, vibrante, porque resiste bien el aire libre, porque es armónico y fuerte en todas sus líneas, porque seduce de inmediato con la elocuencia vehemente de sus grandes movimientos. Si no fuera teatral no sería apto para una glorificación en medio a la calle. La plástica y la pintura histórica deben ir a eso, al gesto sintético y teatral. Quizás el grupo de Zorrilla peque de acusar demasiados deta-

lles históricos y veristas, que le quitan algo de esa teatralidad simple que debe acentuar.

En el basamento escribió Zorrilla el segundo capítulo de la glorificación al gaucho. Es el capítulo de su vida. Los otros concursantes usaron distintos procedimientos; han puesto la anécdota como una llamada, como una asterisco al margen del libro de piedra y bronce; la historia del gaucho se desarrolla así en la media tinta humilde del bajo relieve, que se hunde en un fondo sobre la misma piedra. Este fué el procedimiento usado con fortuna por Barbieri y con gran éxito por Pena, que presentó una de las más hermosas piezas del concurso. El otro procedimiento, que muchos usaron, es el del verismo o naturalismo, que trata estérilmente de copiar con fidelidad fotográfica, paisajes, animales, costumbres, atándolos con rigidez y torpeza a la piedra.

José Luis Zorrilla no puso en rol secundario la anécdota ilustrativa. Hizo avanzar en forma osada de alto relieve, todo el ciclo gaucho: infancia, adolescencia, edad viril, muerte. Lo atrae a la plena luz, y así anima la piedra basamental, de elocuencia y de simpatía, no quitándole su función primera de soporte. La *maquette* acusa muy infielmente la belleza de esta concepción. La perspectiva dibujada da mejor idea porque marca el despiezo que corta los altos relieves. Pero no están solucionados con arreglo a la idea. Las figuras de frente, por la distinta sucesión de volúmenes, no se prestan para la simplificación que exige el despiezo; es el error del primer alto relieve; quizás el posterior, con la lujosa ramazón del árbol y su tronco fuerte y nudoso en el eje del macizo, pueda proporcionar una terminación fuerte y original del basamento.

Además, los altos relieves están separados en un plano distinto del basamento. Por un lado ha sentido Zorrilla la unidad, la compenetración funcional del

relieve y del basamento, y por otro lado los separa, los aísla en un plano más alto, cortándose agriamente en los ángulos del monumento.

Sabemos que estos que nosotros creemos errores, son nacidos de la premura con que se mancha y se termina en el barro una *maquette*. Lo importante es comprobar lo acertado de la solución, desde que al trabajar a la escala definitiva, no le será difícil a Zorrilla colocar y simplificar las figuras para que puedan caber bien en la piedra cortada.

Estas son las observaciones que nos sugiere la obra premiada. Hemos juzgado la *maquette* en sí, *maquette*, que quiere decir esbozo, croquis de una obra que va a ser. Y cuando pensemos en el talento vigoroso y trabajador de Zorrilla, cuando nos adelantemos imaginativamente, buscando la realización futura, podremos ver, los que conocemos la fuerza de este artista en ardiente evolución, un monumento que honre al gaucha y que honre nuestra época. Que la honre con valores nuestros, americanos, y no con títulos importados; que la honre repitiendo con grito juvenil y vibrante, en materia más dura, la despedida al gaucha que le entonara el padre poeta, el rapsoda, el homérico, como él se llama: "Yo, soldado de la aurora, a ti, héroe de la sombra".

C. A. HERRERA MAC LEAN.